

Cilicia, octubre 272 d. C.

El ruido alcanzó su cénit cuando el desfile pasó bajo el arco de las puertas, luego se convirtió en un tumulto de aplausos, vítores y gritos. Soldados con cascos y armaduras relucientes, alineados a lo largo de la calle, mantenían a la muchedumbre a raya. Los críos se aferraban a las piernas de sus padres y miraban hacia arriba; los pocos afortunados que habían conseguido encaramarse a un tejado o a una ventana, miraban hacia abajo. En cabeza, cabalgaban cuatro jinetes que portaban lanzas en las que ondeaban banderines rojos y amarillos. Tras ellos venía un heraldo rollizo, de pelo largo, aullando de forma insistente una consigna: «¡Gentes de Karanda, dad la bienvenida a nuestro líder! ¡Viva el príncipe Orico! ¡Viva el príncipe!».

Orico y su caballo acabaron cubiertos por las flores que lanzaba la muchedumbre. Ataviado con una túnica sin mácula y una capa, erguido en su silla de montar, honraba a su pueblo con sonrisas contenidas y asentimientos. Cerca había dos sirvientes con los caballos cargados hasta los topes y dos viejos sacerdotes vestidos con túnicas largas, amplias, que casi tocaban el suelo. Detrás venían seis jinetes con armadura que portaban escudos circulares y lanzas.

En último lugar cabalgaban tres individuos que no parecían pertenecer al resto del desfile. En el centro estaba Casio Quintio Cór-bulo, un hombre alto, esbelto, de tez clara, que no aparentaba haber alcanzado la edad suficiente para llevar la capa roja y el casco con penacho propios de un oficial del ejército romano. A la izquierda de Casio estaba su sirviente Simo, un tipo mayor que él, de altura similar, pero de cuerpo bastante más ancho, vestido con una pálida túnica de lana y unas sandalias desgastadas. Su cara era amable, amistosa, y parecía estar luchando contra la tentación de saludar a la muchedumbre. El hombre de la derecha era el que menos cómodo parecía sentirse sobre la silla de montar. Indavara, el guardaespaldas de Casio, era el más bajo de los tres, pero el más musculoso, y su túnica, carente de mangas, dejaba al descubierto unos brazos de una notable solidez cubiertos de cicatrices. Su pelo negro y grueso no llegaba a cubrirle la oreja izquierda, a la que le faltaba la parte supe-

rior. Indavara llamó la atención de Casio y dirigió una mueca de desprecio al príncipe.

—Ahora parece algo, ¿eh?

Casio se encogió de hombros. Indavara continuó:

—Es una suerte que no lo hayan visto esconderse detrás de los árboles cada vez que nos encontrábamos con alguien en el camino, o brincar por las noches con cada ruido.

—A todos nos toca representar un papel —repuso Casio casi gritando para poder oírse—. Tú no eres menos. Mantén la vista en esas ventanas por si hubiera arqueros.

—Su hombre nos dijo que no habría peligro intramuros.

—Sé que los números no son tu fuerte, pero ¿cuánta gente dirías que hay aquí?

—No lo sé —dijo Indavara—. Miles.

—Exacto. Y solo hace falta uno. Hemos traído a Orico hasta aquí; no queremos perderlo ahora.

La media hora siguiente resultó tensa y caótica, y Casio emitió un largo suspiro de alivio cuando el desfile por fin llegó al palacio. El edificio apenas merecía tal nombre, pero también es cierto que la ciudad de Karanda no era gran cosa, y, tal y como había apuntado Indavara, Orico tampoco era que pareciera un príncipe. El palacio era una estructura de tres pisos de alto, hecha de madera. A Casio le recordó lo que podría ser una gran fonda no del todo lujosa. Toscos estandartes colgaban de unos postes sobre la entrada principal, donde se congregaban varios dignatarios ricamente vestidos. Había más soldados apostados a lo largo del camino, desde la entrada hasta el patio, donde acababa de desmontar el príncipe. Después de un último saludo a las masas, Orico se dirigió hacia el palacio. Fue recibido por un hombre descomunal de barba cana que aferró la mano que se le ofrecía, para luego escoltar al príncipe hacia dentro. Se oyó el gemido de la expectante horda al ser disuelta por los soldados.

—¡Dispersaos! ¡Fuera!

—¡Volved a vuestras casas! ¡Volved al trabajo!

—Doy gracias a los dioses de que esto se haya acabado —dijo Casio, fatigado, al descabargar. Se desató la correa del mentón y se retiró el casco—. Ahora es responsabilidad de otros. Una buena noche de descanso y podremos irnos.

Indavara descabalgó junto a él y estiró los brazos.
—¿Preparado para decirnos cuál será nuestra próxima parada?
—Ni yo lo sé —repuso Casio mientras hundía los dedos en su pelo claro.
—¿No has leído la carta?
—No quería que nada nos distrajese de este asunto. La leeré esta noche.

Renegando de los plebeyos que iban y venían, Casio miró hacia arriba, hacia el cielo que empezaba a oscurecerse, y hacia las lúgubres montañas más allá de los muros. Jirones de nubes grises se escurrían por entre los altísimos peñascos dentados cuando empezó a caer una leve llovizna.

—¿Señor? ¿Señor? —dijo una voz en griego.
Casio vio a un hombre menudo abriéndose paso entre el gentío.
—¿Oficial Córbulos?
—Sí.

El hombre se adecentó la túnica y la pesada cadena de plata que llevaba alrededor del cuello.

—Soy Malaco Argunt, miembro del Consejo de la ciudad. Karanda da la bienvenida al enviado de Roma.

A Casio le gustó cómo sonaba aquello. Estrechó antebrazos con Argunt, quien, como todo provinciano, era demasiado delicado y demasiado rápido a la hora de hacer ese saludo.

—Gracias, Argunt.

Casio siempre hacía por repetir los nombres de aquellos a quienes acababa de conocer, máxime cuando ocupaban algún puesto de relevancia. Esto causaba una buena impresión y garantizaba que recordaría el nombre.

Argunt, con un gesto de la mano, llamó a dos sirvientes.

—Estabularemos vuestros caballos de inmediato. He dispuesto una habitación para vosotros en el palacio. —Esbozó un ligero gesto de asco cuando miró a Indavara—. Sois tres, ¿no es así?

—Tres, sí.

—Te ruego que me acompañes, señor. El Primer Ministro Viedra desea verte inmediatamente.

—Por supuesto.

Casio se volvió hacia Indavara, que ya estaba descargando sus armas de la silla de montar.

—Échale una mano a Simo con las cosas, por favor.
Indavara asintió.
Casio siguió a Argunt entre el gentío.

El Primer Ministro Viedra resultó ser el hombre de barba cana que había recibido al príncipe. Argunt, una vez concluidas las presentaciones, abandonó la amplia sala de audiencias, que estaba en el segundo piso del palacio y desde la que se veía el patio. Mientras uno de los sirvientes se hacía cargo del casco y la capa de Casio, Viedra señaló dos divanes dispuestos junto a un gran ventanal.

—Gracias. Un momento —dijo Casio. Se quitó el zurrón de cuero que le colgaba del hombro izquierdo y lo dejó en el suelo; luego se retiró el tahalí del derecho. —Creo que no necesito esto.

El sirviente añadió la pesada espada a su carga y, a paso ligero, desapareció por una antesala. Casio esperó a que Viedra descansara su corpulencia en uno de los divanes, luego recogió el zurrón y se sentó frente a él. Una sirvienta de mediana edad apareció y depositó una bandeja de madera sobre la mesa que ocupaba el espacio entre los divanes. Tomó de esta un plato con dulces, una jarra y dos cálices de refinada factura. Su mano temblaba al verter el vino en los recipientes, que luego entregó a los dos hombres.

Casio volvió la mirada al camino que había al otro lado del patio. Muchos de los habitantes de la ciudad aún seguían allí.

—No parecen muy dispuestos a irse.

—Toda Karanda se muestra jubilosa —repuso Viedra—. Os debemos mucho. El hecho de que nos hayáis devuelto al príncipe significa que la casa de Tarebe seguirá existiendo.

—¿Toda Karanda? —preguntó Casio mientras apoyaba el cáliz sobre la rodilla—. Me dijeron que en algunos círculos del reino hay opositores al gobierno de su familia. Las gentes de ese enclave... ¿Solba? ¿No es esa la razón por la que hemos tenido que escoltarlo hasta aquí en secreto?

—Algunos han sobrestimado un tanto esa amenaza. Pero es mejor prevenir que lamentar, ¿no es así?

—Sin duda. Intenté explicárselo al príncipe, aunque no parecieron gustarle mis métodos.

—¿Alojarse en fondas de vías secundarias con camas repletas de chinches?

—Parece que lo esté diciendo él.

—¿Hacerle vestir como si fuera tu ayudante hasta que os encontraseis cerca de la ciudad?

—Bastante ingenioso por mi parte.

Viedra hizo un portentoso esfuerzo para no sonreír.

La sirvienta ofreció a cada uno de los hombres el plato con los dulces, pero ambos rehusaron. Volvió a dejar el plato sobre la mesa y se fue.

—Tengo entendido que ya habéis recibido noticias del comandante Abascantio —prosiguió Casio.

La expresión de Viedra se agrió al instante.

—Su carta llegó antes de que lo hicierais vosotros. Hablaba de ciertas condiciones que deberían ser satisfechas en cuanto el príncipe volviera sano y salvo.

Casio se desabrochó el zurrón.

—Tengo el acuerdo aquí. El príncipe y tú lo firmaréis y yo lo haré enviar al gobernador, para que sea implementado de inmediato.

Casio sacó una lámina de papiro de una fina carpeta de cuero y se la entregó. Viedra la acercó a la luz para leer. Casio dio un sorbo al vino, que no estaba lo suficientemente aguado, máxime teniendo en cuenta que ni siquiera era mediodía, y echó un vistazo a la mal desecada cabeza de ciervo que decoraba la pared. Los ojos bizcos del animal parecían observarlo por encima del hombro del ministro.

Viedra leyó el papiro:

—Deberemos informar mensualmente acerca de las actividades de los bandidos que operan al norte de nuestros territorios, entregar a cualquier prisionero que sea capturado para que sea sometido a interrogatorio y actuar si sus actividades llegan a suponer una seria amenaza a la comunicación o el comercio.

—Roma afronta muchas amenazas allende sus fronteras. Y, sencillamente, ni siquiera tenemos los recursos para ocuparnos de nuestros problemas internos.

Viedra pareció no haber oído a Casio. Su pesada respiración se tornó aún más audible.

—¿También se incrementa nuestro tributo anual? ¿Y nuestra obligación de enviar tropas a Tarso?

El Primer Ministro bajó el papiro y observó a su invitado con gravedad. Siendo objetivos, aquello no tenía nada que ver con Casio, él no era más que un mensajero, pero sabía que si el acuerdo no se firmaba, su comandante Aulo Celato Abascantio, del Servicio de Seguridad Imperial, no se mostraría satisfecho.

—Con todos mis respetos, Primer Ministro, debo recordarte que, de no haber sido por la intervención del ejército romano, vuestra Familia Real carecería de heredero.

—Y yo debo recordarte, oficial Córbullo, que fue precisamente ese ejército el que no proveyó una escolta para el cortejo real en una zona conocida por sus ladrones, lo que acabó con la muerte del padre y el hermano del príncipe. ¡El mismo ejército al que llevamos financiando y suministrando tropas desde hace doscientos años!

Las mejillas de Viedra empezaron a ponerse rojas.

Casio tenía orden expresa de no mencionar que cuatro quintas partes de las fuerzas de la provincia estaban comprometidas en una campaña crucial contra los godos; tampoco debía revelar que Seguridad Imperial había organizado el rescate de Orico porque no había legionarios disponibles para la tarea.

—¿Firmarás el acuerdo, Primer Ministro? ¿Y le aconsejarás, asimismo, al príncipe que lo haga?

Viedra negó con la cabeza.

—Su majestad, el rey Adrico, nunca hubiera aceptado tales condiciones.

Casio dio un último sorbo al vino, luego volvió a posar el cáliz sobre la mesa. Había oído una interesante conversación en Tarso cuando se hicieron cargo del príncipe. No pretendía utilizar aquella información salvo si el Primer Ministro se mostraba reacio; sin embargo, el momento parecía haber llegado. Se encorvó hacia delante y habló en un susurro para que los sirvientes no lo oyeran.

—He oído que encontraron al príncipe escondido en unas letrinas, desarmado y temblando, en ropa de noche. Le dijo al tribuno que dio con él, que había huido, en cuanto los asaltantes aparecieron. —Casio se volvió hacia el ventanal—. Convendrás conmigo en que sería una lástima que tal historia llegase a oídos del populacho.

Viedra apretó los labios. Sobre sus cejas comenzaban a formarse gotas de sudor. Un instante después miró al papiro y suspiró.

Casio sonrió.

—¿Hay un cálamo por aquí?

La coronación tuvo lugar por la tarde, en el espacio que los lugareños llamaban «la Gran Plaza». Casio durmió durante toda la ceremonia; lo despertaron los estruendosos vítores cuando concluyó todo el asunto. En un principio agradeció no haber recibido una in-

vitación para asistir, pero más tarde un mensajero le hizo llegar una nota de Argunt, solicitando su presencia en el banquete de celebración que se daría en el Gran Salón.

—¿Gran Salón? Ni siquiera es tan grande —observó Indavara cuando se incorporaron al final de la cola.

—Todo es relativo, ¿no? —repuso Casio con un bostezo—. Puede que sea la estancia más grande de toda la ciudad, así que para ellos es el Gran Salón. O, por poner otro ejemplo, yo no me sentiría particularmente orgulloso por calcular la hipotenusa de un triángulo, en cambio tú estarías encantado si pudieses calcular cuatro veces tres.

—Doce —dijo Indavara después de una larga pausa.

—Muy bien. Parece que Simo está consiguiendo algo contigo después de todo.

Delante de ellos esperaban los invitados, ataviados con radiantes túnicas y gruesas pieles; muchas de las mujeres lucían arreglos florales entrelazados en sus melenas. Otros asistentes, silenciosos, aguardaban fuera mientras sus amos atravesaban las puertas.

—De todos modos —añadió Casio—, deberías considerarte afortunado de estar aquí. Solo me ofrecieron dos asientos. Por suerte para ti, Simo está ocupado arreglando mi silla de montar.

—Al menos nos darán bien de comer.

Casio echó un vistazo a la mugrienta túnica de Indavara.

—¿No tenías algo más limpio?

—Apenas tiene manchas.

Casio no podía llevar puesto el casco en la mayoría de las estancias y pasillos del palacio, cuyos techos eran, por lo general, bajos, así que lo dejó en su aposento. Suponiendo que en el salón haría calor, también se había dejado la capa. Simplemente llevaba puesta su mejor túnica escarlata de manga larga. Simo también se había encargado de dejarle las botas bien relucientes y de buscarle una de sus hebillas de cinturón favoritas: un círculo de plata que lucía la imagen de la diosa Tyche, un recuerdo de Antioquía.

Cuando llegaron al umbral, Casio se dio cuenta de que todos los hombres se deshacían de sus armas. Dos soldados se encargaban de recoger tahalís y cuchillos y de colgarlos en unos ganchos incrustados en la pared. Argunt lo observaba todo y lisonjeaba a los últimos invitados a medida que iban entrando.

—Una tradición, ya me entendéis —les explicó a Casio y a Indavara cuando le entregaron sus dagas—. El Gran Salón es para intercambiar opiniones, no estocadas. Solo el monarca puede entrar en la sala con un arma.

Justo cuando iban a entrar, un joven se acercó corriendo a Argunt. Le hizo una inclinación con la cabeza y le entregó un rollo de papiro atado con un trozo de tela.

—Una orden del ejército. Acaba de llegar, señor.

Argunt desató el papiro. Estaba fuertemente atado, con el sello de cera intacto. Leyó la única línea escrita por fuera.

—Eso parece.

Casio cogió el papiro y examinó el sello de cera. Era el emblema del gobernador de Siria; muy seguramente proviniera de Abascantio.

—Confío en que el mensajero y su montura serán atendidos convenientemente.

—Por supuesto —replicó Argunt.

—Perfecto. Tengo varias misivas para enviar a la capital. Que salga a primera hora de la mañana.

—Como dispongas —dijo Argunt, haciendo un gesto hacia la puerta.

Fueron los últimos en entrar. El salón se veía iluminado por una gran cantidad de braseros colocados sobre trípodes. En medio de la estancia se erguía un impresionante trono de madera encarado hacia una larga fila de mesas que se extendían a ambos lados formando una U. Los invitados, unos cincuenta en total, permanecían de pie detrás de sus sillas, charlando animadamente. Una docena de soldados armados con lanzas habían sido dispuestos en torno al salón, vestidos con túnicas de rayas rojas y amarillas. Una muchacha del servicio acompañó a Casio y a Indavara a sus asientos, los últimos en el lado derecho de la U. Al sentir los ojos de toda la élite local sobre él, Casio entrelazó las manos a la espalda y caminó con majestuosidad.

—Detrás de mí, zoquete —susurró al ver que Indavara aligeraba el paso deseoso de investigar las mesas con comida alineadas a lo largo de las paredes.

Cuando llegaron a la mesa, Casio se aseguró para sí la penúltima silla.

—Me sentaré en esta —le dijo a Indavara—, me aterra la sola idea de tenerte a ti como única fuente de conversación durante las próximas horas.

Indavara se encogió de hombros y se mantuvo detrás de su silla.

Argunt entró en el salón y fue a hablar con el Primer Ministro Viedra.

Casio se volvió hacia el hombre de su derecha. Era viejo, de espalda encorvada y calvo; parecía colgar de la silla y miraba con aire ausente al trono vacío.

—¿Qué tiene que pasar ahora? —le preguntó Casio.

No tuvo ninguna reacción. Casio se aproximó a su oreja.

—¿Qué tiene que pasar ahora?

De nuevo, nada.

Casio suspiró y miró a Indavara.

—Tú tampoco tienes nada que decir, supongo.

El guardaespaldas también le ignoró.

—Por Júpiter —dijo Casio—. Creía que habrías ido captando la idea de lo que significa mantener una charla cortés, pero veo que mis esfuerzos de la última semana han sido en vano.

Indavara frunció el ceño.

—Fíjate en Simo —continuó diciendo Casio—, no es más que un esclavo, pero podemos hablar de cualquier cosa durante horas: arte, política, religión. Y piensa dónde nos encontramos, en un reino en las montañas que la mayoría de la gente jamás llegará a ver. Y en lo que estamos haciendo, somos parte importante de los asuntos del Estado. ¿No hay ninguna observación que puedas hacer? ¿No tienes alguna opinión que compartir?

Indavara lo pensó un momento antes de contestar.

—La cena huele bien.

—Por los dioses. Casi se me olvida.

Casio sacó un papiro de su cinturón. La carta le había sido entregada hacía cuatro días en una posta del ejército. Se había cerciorado de que no tuviera nada que ver con el encargo que los ocupaba y la había guardado. Ahora que el trabajo había concluido, podía informarse de la asquerosa misión que Abascantio le habría preparado esta vez.

Mientras leía, Indavara se volvió para inspeccionar la comida. Había fuentes de carne asada cuya grasa aún crepitaba, grandes ruedas de quesos blandos y duros, cuencos repletos de fruta y frutos secos y bandejas de plata con montones de dulces.

Argunt, Viedra y muchos otros hombres ricamente vestidos se alineaban junto al trono. La sala enmudeció.

—¿Y bien? —susurró Indavara al tiempo que se retiraba el pelo de la cara y hacía un gesto con la barbilla apuntando a la carta.

Casio sonreía.

—Un recadito. Viajaremos a la isla de Rodas, recogeremos unos documentos importantes y luego volveremos a Antioquía.

—¿Una isla? —protestó Indavara—. Eso significa navegar.

—No se te pasa una, ¿eh?

—¿Y recoger documentos? Parece incluso más aburrido que este trabajo.

—El aburrimiento no tiene nada de malo —repuso Casio—. Está muy desprestigiado.

Viedra esperó a que el silencio fuese completo antes de hablar:

—Invitados, estimados miembros del Consejo, sacerdotes del Gran Templo: esta noche nos reunimos aquí para honrar a nuestro nuevo rey.

Viedra hizo una pausa y Argunt animó una salva de aplausos.

—Alabados sean los dioses —continuó diciendo el ministro cuando se hizo de nuevo el silencio—. Alabados sean los dioses por habernos traído a nuestro nuevo rey de las fauces de la muerte. Alabados sean los dioses que bendicen a Karanda.

En ese momento los dos sacerdotes que había frente al trono, a quienes Casio reconoció como aquellos que habían tomado parte en el desfile, dieron comienzo a un conjuro articulado en su lengua local. Cuando acabaron, los presentes respondieron con una breve afirmación.

—Esto podría durar horas —susurró Casio—. Y ni siquiera nos han dado un trago de vino.

Viedra, Argunt y los demás fueron hacia la mesa que se encontraba frente a los sacerdotes y se volvieron.

—Ahora le damos la bienvenida —dijo Viedra con el mismo tono solemne del que había hecho gala todo ese tiempo. Los nobles hincaron la rodilla en el suelo, seguidos del resto de los asistentes salvo por los dos sacerdotes. Casio también lo hizo, e instó a Indavara a seguir su ejemplo.

Viedra volvió a hablar:

—Custodio de la Corona Invernal, guardián del Gran Templo, os presento a vosotros, su gente, al rey Orico, el Quinto de su nombre.

Casio e Indavara observaron desde su lugar en la mesa la aparición de Orico. Los dos guardias que le flanqueaban se colocaron a ambos lados de la puerta. El príncipe vestía un largo manto púrpura

y una corona de plata tachonada de gemas sobre su pelo rizado. De manera pomposa rodeó el trono y se detuvo delante de él.

—¡Viva el rey Orico! —aulló Viedra.

—¡Viva el rey Orico! —coreó la sala.

El nuevo monarca dio un paso atrás y tomó asiento. Casio observó que uno de los sirvientes se movía de acá para allá. Uno de los sacerdotes le miraba con hostilidad.

—Nos postramos ante ti, mi rey —proclamó Viedra.

Indavara le dio un ligero codazo a Casio.

—Yo no.

Todos los presentes hicieron una reverencia, esta vez también los sacerdotes.

Casio seguía observando al sirviente. El hombre inclinó la cabeza levemente luego se dio la vuelta y cogió algo de una de las mesas donde se encontraba la comida. Casio miró hacia atrás. En cada una de las fuentes de carne había un gran cuchillo de trinchar afilado.

Señaló hacia el otro lado de la estancia.

—¡Indavara, allí!

—Silencio —dijo alguien a su derecha.

El sirviente saltó entre los dos sacerdotes y sobre la mesa. La luz naranja de los braseros se reflejó en la hoja que blandía.

Indavara ya estaba en pie y corriendo.

Casio se levantó en el momento en que el asesino volvía a saltar, esta vez por encima de los dignatarios arrodillados.

Indavara cargó sobre los adoquines en dirección al trono.

Algunos guardias ya se movían, pero ninguno de ellos llegaría a tiempo.

Tampoco Indavara.

Casio cogió una jarra vacía de madera que tenía a mano y se la lanzó al asesino. La jarra rebotó, después se deslizó hasta impactar en el tobillo del hombre. Este trastabilló y cayó de rodillas tras resbalar en el suelo de piedra pulida. Al tiempo que pugnaba por volver a levantarse, gritó:

—¡Por Solba!

El rey Orico se encogió en el trono.

El más veloz de los guardias aún estaba a unos pasos de distancia.

El asesino levantó la hoja y dirigió un tajo al cuello del rey.

Su brazo se detuvo a mitad de camino.

Con los ojos como platos, el asesino observó la gran manaza repleta de cicatrices que le aferraba la muñeca. No podía ver una se-

gunda mano, pero podía sentir unos dedos incrustándosele en el cuello.

Indavara le retuvo hasta que los guardias estuvieron lo suficientemente cerca. Impotente, el asesino volvió a gritar. Indavara mantenía la mirada fija en el hombre: un ribete de sangre le manaba de la comisura de los labios. Miró y vio cómo la espada del rey, teñida de rojo, se deslizaba lentamente retirándose del vientre del asaltante.

El hombre tembló y, de repente, las fuerzas le abandonaron. Indavara lo soltó y los guardias se hicieron cargo del cuerpo. La cara del potencial asesino era increíblemente joven; sus mejillas aún lucían las marcas de la pubertad. Indavara dio un paso atrás, dejando al rey a la vista, solo, empuñando su espada ensangrentada.

—¡Alabado sea el rey! —rugió la sala al completo—. ¡Alabado sea el rey! —De pronto todo el mundo estaba gritando y chillando.

Casio se apresuró hacia Indavara, este negó con la cabeza cuando sus ojos se encontraron.

—Por poco.

—Podría haberse convertido en el reinado más corto de la historia —repuso Casio—. Bien hecho.

—«Bien hecho» a quien le haya lanzado la jarra. Eso es lo que lo ha detenido lo suficiente.

—He sido yo. Yo la he lanzado.

—¿Tú?

Los guardias medio arrastraban, medio cargaban con el asesino para sacarlo de la estancia. Tras ellos quedaba un reguero de sangre sobre los adoquines.

Argunt se aproximó y les estrechó las manos, primero a uno, luego al otro. Le llevó unos instantes decir unas palabras.

—Toda Karanda os da las gracias. ¡Qué capacidad de reacción!

Casio se volvió hacia Indavara, que hizo un extraño asentimiento de aprobación.

Viedra pasó a su lado y aferró el brazo de uno de los soldados más veteranos.

—Quiero a cuatro hombres alrededor del rey. Quiero que se reemplace a todos los sirvientes. Y sacad de aquí cualquier cosa que pueda parecerse a un arma. La carne pueden trincharla en las cocinas.

Argunt intentó dirigirse a los presentes, pero, dada su escasa estatura, no había muchos que pudieran verlo, menos aún oírlo. Uno de los soldados se hizo con la espada del rey, quien se había vuelto a sentar y parecía aturdido. La corona reposaba en su regazo. Un

instante después volvió a ceñírsela, se levantó y alzó la mano. Hasta los sirvientes que estaban siendo desalojados y los soldados que los desalojaban permanecieron petrificados y en silencio. Orico hizo un gesto a Argunt para que se acercara y le susurró algo al oído. Luego el anciano habló:

—¡Haced hueco en esa mesa! El rey comerá con nuestros amigos romanos.

Las gentes de Karanda respondieron con un clamor.

Pasó más de una hora antes de que a Casio e Indavara les sirviesen algo de comer. Estaban sentados a ambos lados del rey, este pedía disculpas por su comportamiento durante el viaje, hizo por ellos un brindis breve pero sentido e inmediatamente desapareció.

El ambiente en el Salón se tornó de solemne en alborotado y los presentes empezaron a hacer cola para estrechar las manos de Casio e Indavara. Algunas de las mujeres les obsequiaban con exaltados besos.

Solo cuando habían estrechado la última mano pudieron llenarse los platos. Casio se dio cuenta de que casi había perdido el apetito después de lo ocurrido. Pudo comer un poco de queso y algunos de los pequeños dulces, luego se conformó con beber el vino a sorbos. Los caldos locales eran un tanto extraños, dulces y potenciados a base de especias, aunque no tardó en acostumbrarse. Indavara simplemente bebía vino para ayudarse a la hora de engullir, y ya iba por su segundo plato.

Argunt se aproximó con sigilo y se arrodilló junto a la silla de Casio.

—El rumor se está extendiendo por la ciudad. Las gentes os traerán flores y regalos al alba.

—Muy amables, aunque no es necesario.

Argunt se acercó un poco más.

—No solo habéis salvado al rey. También le habéis hecho parecer un héroe.

—Los dioses nos han sonreído esta noche.

—Sin duda. Aunque me temo que no le han sido propicios al Primer Ministro Viedra. El rey ha ordenado que lo arresten y me ha confiado su puesto.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Estaba encargado de la seguridad.

Un guiño y Argunt se irguió y se marchó. Antes de que Casio pudiera darle otro sorbo al vino, se le acercó una mujer de cuerpo voluptuoso y que debía de rondar la cuarentena. Lucía una piel de zorro alrededor del cuello, y sudaba profusamente.

—Centurión, soy la señora de Sifke. Quiero hacerle partícipe de mi más sincero agradecimiento por su heroica acción.

La forma correcta de dirigirse a Casio era la de «oficial», pero no solía corregir a quienes cometían tal error.

—Gracias, señora.

La mujer miró a Indavara, quien, en ese momento, descuartizaba con los dientes un grasiento muslo de pollo.

—Por supuesto, a ti también, joven.

Indavara respondió con un gruñido.

—Menudo lanzamiento, centurión —siguió diciendo la dama—. Digno de un campeón olímpico.

—Debería verme lanzar una jabalina, señora.

Indavara emitió ahora un gruñido diferente.

—Me pregunto, señor —dijo la dama—, ¿querría unirse a mi gente? Estoy aquí con mis cuatro hijas. Estarán encantadas de conocerlo.

Casio dirigió la mirada hacia las muchachas, tres de ellas con el pelo negro, una pelirroja, todas de cara agraciada, que observaban con timidez desde una esquina.

—Será un placer. Voy enseguida.

La dama sonrió y volvió a su mesa bamboleándose.

Indavara dejó el muslo y se levantó para echar un vistazo al resto de la comida. Casio le ofreció un trozo de tela.

—Límpiate.

—¿Por qué? —preguntó Indavara mientras se restregaba el mentón con el dorso de la mano.

Casio apuntó hacia la esquina con el pulgar. El guardaespaldas sonrió al ver a las muchachas.

—Ven —dijo Casio—. Es hora de recibir el cálido abrazo de un pueblo agradecido.

I

Rodas, noviembre 272 d. C.

A medida que la nave por fin se alineaba con el embarcadero, y mientras los ruidosos marineros afianzaban los amarres y la rampa, la docena de pasajeros aguardaba junto a la regala. Apiñados, sus miradas seguían fijas más allá del puerto, a pesar de que llevaran horas divinando el objeto que tanto les fascinaba, justo después de que las altas montañas de la isla surgiesen de entre la bruma matinal.

—Dicen que está hecha con la mitad del bronce que hay en el mundo.

—Medía doscientos pies de alto.

—Yo he oído que medía trescientos.

—Se podían meter dentro hasta mil hombres.

—Quizá más.

—Y pensar que lleva ahí, tendida, quinientos años...

—Quinientos cincuenta, para ser exactos —dijo Casio.

Por asombroso que fuera lo que estaba viendo, le costaba no sentirse algo decepcionado. ¿Acaso no le habían dicho que aquella estatua había presidido la entrada al puerto y que hasta las naves de altísimos mástiles pasaban entre las piernas de Helios, dios del sol? Volviendo la vista a los estrechos rompeolas que protegían el puerto, se percató de lo absurdo de tal idea.

La estatua yacía tendida una milla tierra adentro, sobre una enorme plataforma de piedra. Parecían haber cortado al coloso en dos por las rodillas. La estructura había caído sobre su lado izquierdo y ahora se encontraba boca abajo, en el suelo. El brazo derecho, alzado en origen, supuestamente protegiendo del sol los ojos del dios, parecía ahora cubrirle la cara como si lo protegiese de recibir más daño. En los siglos que habían seguido al terremoto que derribó a la estatua, se había levantado un buen número de edificios a su alrededor.

—¿Eso lo construyeron los hombres? —preguntó Indavara con las manos reposando sobre la regala.

—No —dijo uno de los pasajeros, un mercader de cuello ancho que llevaba una llamativa túnica verde—. Los lugareños se atribuyen

su construcción, pero lo hicieron los dioses. Y también fueron ellos quienes lo derribaron.

Casio miró a Indavara y negó con la cabeza.

—¿Cómo? ¿Cómo lo hicieron? —preguntó el guardaespaldas.

—No conozco el cómo —repuso Casio—. No soy ingeniero. Pero fue un hombre llamado Cares el que lo diseñó. Creo que era escultor.

—Debía de tener las manos muy grandes —se burló el mercader. Muchos rieron.

Casio se volvió hacia él.

—Respóndeme una cosa entonces: ¿por qué iban los dioses a levantar una estatua solo de uno de ellos?

—Quizá fuese el propio Helios, para mostrar a las gentes su poder.

—¿Y por qué levantarla para derribarla cincuenta años después?

—Puede que eso fuese labor de otro dios. De uno celoso.

Casio esbozó una sonrisa irónica. Luego, con un gesto de la cabeza, apuntó a las niveas columnas de la antigua ciudadela que coronaba la colina que presidía la urbe.

—¿Y quién construyó aquello?

El mercader se encogió de hombros. Casio señaló el también impresionante templo que se alzaba en la falda de la colina.

—¿Y aquello?

—Los hombres. Pero eso son edificios. Míralo bien.

El mercader apuntó a la estatua, una gran mole de bronce reluciente que resplandecía en contraste con los demás edificios.

—¡Eso es el trabajo de un poder superior! ¿Cómo podría un hombre, incluso cientos de hombres, crear tal cosa?

—No sé cómo, pero lo hicieron. Principalmente porque querían superar a los atenienses, por lo que recuerdo. ¿Has leído a Plinio?

El mercader no dijo nada.

—Al menos habrás visitado Roma... Habrás visto el Coliseo... ¡Por todos los dioses, mide diez veces más!

—¡Ah, claro! Roma, Roma, Roma. Siempre debéis tener lo más grande y lo mejor. —El mercader apuntó de nuevo a la estatua y sonrió con suficiencia—. Pero no tenéis nada como eso en Roma, ¿a que no?

La conversación había tenido lugar en griego. Cuando el mercader se marchó a recorrer la cubierta, Casio habló en latín:

—Malditos provincianos... —Se volvió a sus acompañantes—. Vosotros dos, venid.

Simo ya cargaba con una alforja en cada hombro y ahora recogía varios cueros de agua vacíos.

Indavara, apoyado aún en la regala, seguía observando la estatua.

—¿Cómo? ¿Cómo pudieron construirlo?

—Por Júpiter... Escucha, ¿qué hay del anfiteatro en el que luchabas? ¿Quién construyó eso?

Indavara miró al agua, a los grumos de algas y trozos de madera que ensuciaban el puerto.

—Jamás lo había pensado.

—Seguro que no. Vamos.

Casio e Indavara recogieron el resto de sus pertenencias. Tuvieron que esperar a que hubiera un hueco entre los porteadores y marinos que arrastraban fardos de lana y pesadas ánforas. Casio fue el primero en acceder a la rampa de desembarco.

—Creo que el templo que hay a mitad de colina está consagrado a Asclepio —le dijo a Simo por encima del hombro—; también quiero ir a verlo.

—Pareces realmente emocionado de estar aquí, señor.

—¿Por qué no, Simo? —repuso Casio al poner pie en el embarcadero—. Esta ciudad es un centro de cultura, filosofía y arte, aquí hay cosas maravillosas.

Se detuvo un momento, esperando a que las náuseas y la extraña sensación que tenía en las piernas se le pasaran. Les había llevado siete interminables días llegar a Rodas desde el puerto cilicio de Anemurio. Teniendo en cuenta la estación del año, el tiempo no había sido malo, pero, como siempre, Casio se sentía aliviado de volver a pisar tierra firme. Se apartó para no obstruir el paso de los marinos y se sentó en un tonel que había en una esquina del puerto.

—¿Estás bien, señor? —preguntó Simo.

—Mejor que Indavara, por lo que se ve.

El guardaespaldas dejó caer su carga junto a Simo. Se tambaleó, abrió los brazos para recuperar el equilibrio y dio varias bocanadas de aire. Había sido su viaje más largo en barco. No solía sufrir de los mareos que solían aquejar a Casio; sin embargo, no había conseguido superar el miedo que le provocaban las grandes extensiones de mar abierto.

Simo, por el contrario, se mostraba incólume. Había comido y dormido bien y mantenía su habitual color sonrosado. Aunque no

tenía mucha experiencia en la mar, atribuía su afinidad a las aguas a sus ancestros galos: habían sido pescadores.

Casio dio un trago a su pellejo de agua y evaluó la carga que llevaban.

—Mirad todo esto. No creo que vayamos a poder cargarlo en tres caballos.

Era un problema habitual. Simo solía reducir su impedimenta al mínimo más absoluto, pero Casio necesitaba una cierta variedad de ropas y, además, había otros enseres: sus ungüentos de baño, cojines y una buena cantidad de hebillas de cinturón, por ejemplo, de las que no podía prescindir. Otros objetos que ocupaban mucho espacio eran su casco y la cota de malla, y eso sin mencionar el calzado, que iba desde las zapatillas de fieltro hasta sus sandalias militares con tachuelas.

Más aún, Simo siempre insistía en que debían llevar ropa, mantas y paños de sobra. Sin embargo, había calculado a la perfección los víveres necesarios para el viaje, y no quedaba nada salvo una bota de vino a medio llenar.

A Indavara se le podría haber tenido por alguien que viajaba ligero de no ser por su colección de armas y su equipo. A pesar de haber recibido un lingote de plata por haber concluido su última misión con éxito, ya había dilapidado más de una cuarta parte de su recientemente adquirida fortuna. De su última misión en Siria solo le quedaba la maltrecha vara de madera con la que peleaba. Durante dos días estuvo explorando los mercados de Antioquía y ahora su equipo contaba con un nuevo arco, espada y cota de malla. Los tres objetos fueron adquiridos a los proveedores habituales del ejército.

El arco compuesto medía cinco pies de alto y estaba hecho de madera, pieles y tendones. Indavara también tenía un carcaj con dieciséis flechas y un buen número de herramientas para su mantenimiento. Lo guardaba todo en una gran bolsa alargada de cuero. La espada era la reglamentaria del ejército, aunque su diseño resultaba un tanto anticuado. Tuvo que buscar por todas partes para encontrar una que fuese lo corta y ligera que quería. Le recordaba a aquella con la que había tenido que luchar en la arena por primera vez. Podía moverse con facilidad cuando la llevaba colgada y era perfecta para distancias cortas. Había elegido una con la empuñadura de hueso rugoso y pomo de madera, algo muy útil cuando se trataba de propinar golpes, que no fueran letales, en la cabeza. Aún no la

había desenvainado en un acceso de furia. La cota de malla no estaba a la altura de la de Casio; una aleación de cobre era terriblemente cara, pero los anillos de bronce constituían una protección sólida y era bastante cómoda de llevar sobre la camisa acolchada.

Simo le entregó a Casio su tahalí y este se lo colgó del hombro derecho para que la espada pendiera sobre su cadera izquierda. Su arma también era nueva; una hoja larga y ancha con una cabeza de águila hecha de latón en la empuñadura. Unos motivos elaborados decoraban la vaina.

Hizo una mueca de dolor cuando la correa le tiró del cuello. Indavara negó con la cabeza.

—¿Has intentado blandir eso? Necesitarías entrenar durante al menos un mes tan solo para poder empuñarla.

—Creo que ya hemos hablado de eso, guardaespaldas.

—Simplemente es una observación. Si hay tiempo de sobra, deberíamos ver de qué eres capaz con ella.

—En cuanto haya ocasión.

Casio se había resistido hasta ahora a que Indavara lo instruyese en su manejo, aunque no había duda de que sería necesario. En realidad, la hubiera cambiado por un arma más ligera, pero la mayoría de los oficiales parecían estar adoptando estas armas tan ostentosas. No quería parecer fuera de lugar.

—¿El casco, señor? —preguntó Simo.

—Sí. Supongo que debería llevarlo. Siempre ayuda a que las cosas se hagan más rápido, ¿verdad?

Casio tomó el odioso casco de Simo y se lo caló, dando gracias de que, al menos, resultaba más soportable en los meses menos cálidos del año. Simo alargó la mano y enderezó la crin roja de caballo del penacho transversal. Con la correa del mentón desabrochada, Casio comprobó la fíbula de su capa, un elemento que no solo servía para impresionar. Una brisa fresca dominaba el puerto.

—Busca un porteador, Simo. No me pueden ver cargando con cosas en la ciudad.

El gallo corrió a cumplir con su cometido. Casio miró a Indavara, de nuevo cargado con sus efectos.

—Deberías haber gastado algo de plata en una tercera túnica.

—¿Para qué iba a necesitar más de dos?

—No pienso gastar saliva en responder a eso.

Simo volvió con un chaval joven que se apresuró a cargar con las alforjas.

—¿Sabes dónde se encuentra el puesto de guardia más cercano? —le preguntó Casio.

—No, señor.

—Estupendo. Bueno, no debería estar muy lejos.

Casio echó a andar por el abarrotado embarcadero. Era difícil mantener la dignidad en ocasiones como aquella. Hizo por caminar despacio, aunque todo el que le veía venir se aseguraba de apartarse de su camino. No era la primera vez que recordaba los paralelismos entre su vida como oficial del ejército y sus juveniles incursiones en el mundo del teatro, así como los dos años que estuvo estudiando oratoria. La mayoría de la vida profesional tenía que ver con actuar. Uno se ponía unas ropas e interpretaba su papel.

Una vez hubieron salido de los muelles, llegaron a la muralla baja que rodeaba el puerto. El resto de la zona costera estaba bastante tranquila, aunque hubiera un centenar o más de personas allí reunidas para recibir a la nave mercante. No se navegaba mucho en aquella época del año. El otro puñado de personas que podía verse estaba en un mercado destartado incrustado entre la muralla y la calzada.

—Buenas tardes. ¿Puedo seros de utilidad?

Casio se dio la vuelta y vio a un hombre de unos cuarenta años, de cabello ondulado, casi gris, que lucía una estudiada sonrisa. Vestía una pesada capa que cubría una toga inmaculada. Tras él había tres asistentes.

—Cayo Vilsonio —dijo el hombre—. Soy miembro de la asamblea de la ciudad, entre otras cosas.

Estrecharon antebrazos.

—Oficial Casio Quintio Córbullo.

Casio solo decía pertenecer al Servicio de Seguridad Imperial si creía que podía serle de utilidad, algo que no solía ser el caso.

—¿Tu primera vez en Rodas?

—Así es.

Vilsonio apuntó hacia la estatua.

—¿Qué opinión te merece nuestro gran amigo de bronce?

Hablaba un latín perfecto, sin acento; era casi seguro que se había criado en Roma.

—Impresionante —repuso Casio.

—Ve a verlo más de cerca si tienes ocasión. Es más agradable ahora que ha pasado la temporada turística. Suele haber pintores por allí, te harán un buen retrato con la estatua de fondo. Alguno de ellos tiene talento. ¿Qué te trae por aquí en esta estación del año?

Mientras Vilsonio y Casio charlaban, sus seis acompañantes permanecían en silencio.

—Asuntos del ejército. Cuestiones de suministro, todo muy aburrido, me temo. Pero espero poder echarle un buen vistazo a la isla.

—Debes hacerlo. Debes hacerlo.

—Quizá puedas ayudarme. Busco el puesto militar más cercano.

—No está muy lejos. —Vilsonio apuntó hacia el oeste de la calzada—. Ahí al lado, ¿no es así? —Sus acompañantes asintieron—. Por alguna razón insistieron en establecerlo cerca del mercado de pescado. Por suerte, hoy hace algo de viento.

—Por supuesto. Que tengas un buen día, señor.

—Que tengas un buen día.

El mercado de pescado estaba a unos cien pasos de la calzada. Apenas había espacio para que una carreta pasase entre los puestos y la hilera de villas de dos alturas que se alzaban frente a la muralla marítima. Las viviendas eran construcciones robustas, hechas a partir de piedra originaria de la isla; todas eran blancas, los tejados lucían un color herrumbroso. Su exposición a los elementos causaba estragos, la pintura se veía desconchada y faltaban partes del alicatado.

—¡Percas! —gritaba uno de los tenderos—. ¡Comprad aquí percas! ¡Solo me quedan diez! ¡Tengo que deshacerme de ellas!

Avanzaba la tarde; la mayoría del pescado estaba vendido, pero, a medida que atravesaban el mercado, los tres echaron un vistazo a lo que quedaba.

—¿Qué es eso? —exclamó Indavara cuando llegaron al último puesto. Inmóvil, sobre una losa de piedra, había un pez ancho, gris, de unos cinco pies de largo. El último pie lo constituía un hocico que parecía un cuchillo.

—Debe de ser un pez espada —repuso Casio.

—Así es, señor —dijo Simo—. Muy sabroso si se le añade un poco de limón y algunas hierbas.

—Podríamos comprar un poco para cenar —dijo Casio mientras cruzaba con garbo la calzada hacia el puesto militar.

Lo de Cilicia había resultado ser un asunto tenso y agotador, y la travesía por mar, ardua. Estaba satisfecho de haber dejado todo aquello atrás. Siempre había deseado visitar Rodas en algún momento de su vida, y estar en una nueva ciudad le hacía sentir bien, con suerte habría tiempo de explorar un poco.

El puesto militar estaba identificado por una placa de bronce macizo junto a la puerta con un grabado que rezaba «SPQR». Sin que

hubiera necesidad de ordenárselo, Simo sacó la punta de lanza ceremonial de Casio de una de las alforjas y se la entregó.

—Esperad aquí un momento —les dijo a sus acompañantes antes de apresurarse a entrar. Ante él se extendía un largo pasillo. A su derecha inmediata había una habitación en penumbra, donde se encontraba un joven funcionario sentado con desgana ante un escritorio vacío. No cabía duda de que estaba medio dormido, pero se incorporó de súbito y a toda velocidad en cuanto Casio irrumpió en la estancia.

—Oficial Córbulu.

—Sí, señor. Buenas tardes, señor.

El funcionario, de no más de dieciséis años, echó un vistazo a la punta de lanza de tres pies que identificaba a Casio como oficial al servicio de un gobernador. El hecho de que el emblema grabado en ella fuera el del gobernador de Siria resultaba irrelevante: cualquiera que portara una punta de lanza era considerado un hombre de rango equivalente al de un centurión.

Casio oyó pasos con cadencia de marcha que se aproximaban por el pasillo hacia ellos.

—Necesito alojamiento para tres —le dijo al funcionario al tiempo que se quitaba el casco—. Para esta noche, puede que algo más. ¿Hay sitio?

—Esto..., sí, señor. Sí, no debería haber problema.

—Buenas tardes, señor.

Casio se dio la vuelta. Se topó tras él con un soldado de mediana edad.

—Optio Clemente, señor. El muchacho se encargará de que la sirvienta os prepare esas habitaciones.

El funcionario los rodeó con desgana y trotó pasillo abajo. Clemente observó la punta de lanza.

—¿Puedo preguntar cuál es tu cometido aquí, señor?

—Soy de Seguridad Imperial —repuso Casio mientras se atusaba el pelo—. Estoy aquí para ver al comandante Augusto Mario Mémor. ¿Puedes indicarme dónde está su residencia?

No mucha gente se hubiera percatado del cambio en la expresión de Clemente cuando supo que el joven oficial que tenía delante era un frumentario. Los legionarios no sentían mucha estima por el Servicio Secreto, pues creían que se trataba de una organización corrupta, plagada de mentirosos y ladrones carentes de la valentía y el sentido del honor necesarios para la vida estrictamente militar. A Casio no le pasó desapercibido.

—Puedo —respondió Clemente impasible—. No le gusta llamar la atención, por razones obvias. Nos llega mucho correo para él.

—Por cierto, ¿no hay nada para mí?

—No, señor.

Aparte de proveer de alojamiento y asistencia al personal imperial, la principal función de estos puestos militares era la de facilitar el trasiego de correo imperial.

—Veamos, señor, puedo indicarte cómo dar con la villa de Mémor. —Clemente se acercó al escritorio y sacó un rollo de pergamino. —Supongo que has llegado en ese mercante.

—Así es.

Clemente señaló hacia una ventana enrejada.

—A este se le conoce como el Gran Puerto, el que hay más al norte es el Pequeño Puerto, aunque en la actualidad son más o menos del mismo tamaño. —Clemente señaló el mapa—. La calzada de ahí delante corre a lo largo de la muralla. Síguela hacia el este y, cuando llegues al límite del puerto, tuerce hacia el sur, hacia el interior, tomando la Vía Alexandria. Tarde o temprano te topará con la aldea de Amindos, más o menos aquí. La residencia de Mémor está a unos cien pasos de la plaza. No hay ningún distintivo en la puerta, pero es la villa más grande que hay en la zona y tiene un huerto de melocotoneros.

—¿A qué distancia?

—Cuatro millas o así.

—¿Cuántas horas de luz quedan?

Clemente se apresuró hacia la puerta y miró hacia fuera.

—Puede que tres. —El optio miró a los otros y la cantidad de enseres que llevaban.

—Necesitaremos caballos —dijo Casio, ya detrás de él en el pasillo.

—Meteremos a tus hombres y los petates dentro, señor. Después os llevaré a los establos.

Dejaron a Simo para que se instalase. Casio e Indavara no tardaron en pasar de nuevo por el mercado de pescado, esta vez a caballo. Clemente solo disponía de un legionario más en el puesto, pero ensillaron los caballos con presteza y el optio le aseguró a Casio que sus habitaciones estarían disponibles en menos de una hora.

Casio siempre procuraba mostrarse razonable con la soldadesca común, particularmente cuando sentía que dependía de su colabo-

ración, pero aquella solía ser una batalla perdida. Las sospechas sobre el Servicio Secreto estaban muy enraizadas, y no sin razón, pero le dolía ser duramente prejuizado por hombres a los que acababa de conocer. Teniendo esto en cuenta, Clemente había resultado ser excepcionalmente amable y servicial. A Casio le hubiera gustado saber qué andaban diciendo en ese momento el optio y su legionario.

—¿Y bien? ¿Quién es el hombre al que vamos a ver? —preguntó Indavara. Un pequeño barco pesquero entraba a puerto navegando junto al muro.

Casio movió la cabeza.

—¿Recuerdas algo de lo que te he enseñado? Mantén la espalda recta y relaja las riendas. Le acabarás arrancando los dientes al animal si no tienes cuidado.

Indavara puso los ojos en blanco.

—Separa los dedos, no estás empuñando una espada.

Casio esperó a que le hiciera caso antes de contestar.

—Vamos a visitar a Augusto Mario Mémor, segundo al mando del Servicio, justo por debajo de Pulcro. Por lo que tengo entendido, se encarga de los asuntos de África y del este. Debemos llevarle unos documentos a Abascantio, a Antioquía. Supongo que querrá tenerlos antes de que se nos eche el invierno encima.

—¿África está cerca de aquí?

—Al sur. A unos cientos de millas. De hecho, creo que el dios Helios era egipcio.

—¿Por qué muchos de los animales salvajes vienen de África?

Casio suspiró. Casi siempre se sentía como un maestro cuando hablaba con Indavara.

—Ni idea. Puede que haya menos gente. Más espacio y comida para las bestias.

—Una vez vi un león —dijo Indavara.

—¿Tuviste que luchar contra él? —preguntó Casio con interés.

—No. Estaba ahí solo para comerse a los criminales.

—Ah. Yo una vez también vi uno, en una casa de fieras. Viejo y sarnoso.

—Me gustaría ver un cocodrilo —continuó diciendo Indavara—. Y un rinoceronte. Una vez oí hablar de una pelea entre un rinoceronte y tres toros. Los encadenaron juntos.

—Al populacho le encanta ver cómo los animales se despedazan entre ellos.

Casio señaló un espacio en la playa donde unos veinte hombres formaban un círculo y disfrutaban de una pelea de gallos. Fuera del círculo había otras aves metidas en jaulas. Las plumas que perdían aquellos animales inquietos cubrían la arena.

—No solo animales —dijo Indavara a medida que iban llegando al final del muro.

—Aquí está la desviación.

Casio encabezaba la marcha cuando doblaron la esquina. Se dirigieron hacia una ligera elevación a lo largo de la Vía Alexandria. Era una zona de almacenes, varaderos y cabañas de pescadores. Una pareja de ancianas, sentadas en un banco, remendaban una gruesa red cuando pasaron los jinetes.

—¿Cómo era la arena? —preguntó Casio—. Jamás hablas de ello.

Indavara le dedicó una mirada cansada, de reojo, pero enseguida cedió.

—Rápido. Siempre se acababa rápido. Durante meses esperabas y te entrenabas. De pronto te decían que te tocaría luchar en unos días, o incluso al día siguiente. Debías estar preparado. Y no solo tu cuerpo. —Indavara se dio un golpecito en la cabeza—. Vi hombres gritarse a sí mismos durante horas antes de un combate, algunos incluso se golpeaban el cráneo contra las paredes hasta que sangraban. Otros se sentaban y lloraban. Para cuando les tocaba luchar, no les quedaban fuerzas. Recuerdo a un hombre que se suicidó justo antes de salir. Se metió una esponja de letrina en la garganta.

—Por los dioses... ¿Y tú? ¿Cómo te preparabas?

—Hacía lo menos posible. La noche de antes siempre había un gran banquete, también bebida si querías. Nunca asistí. Cuando llegaba el día procuraba dormir y hacer algo de ejercicio antes de salir.

—¿Y dormir? ¿Cómo podías dormir?

—Mientras no esté en un barco, siempre puedo dormir.

—Pero solo pensar en ello, en aquello a lo que te enfrentabas...

Indavara se encogió de hombros.

—El combate iba a llegar, pensase lo que pensase. No había nada que pudiera hacer salvo intentar sobrevivir. Un veterano me dijo: «Ellos son los gatos. Nosotros las ratas. Jugarán con nosotros, nos dejarán hechos jirones, sangrando en el suelo».

Casio acercó su montura a la de Indavara. Era raro que el guardaespaldas enlazase más de un par de frases seguidas, particularmente cuando hablaba de sí mismo.

—Debió de ser horrible.

—Nunca sabrás cuánto.
—No soy un completo inocente. He estado en combate. Ya te conté lo del fuerte.
—No es lo mismo.
—Vi mucha muerte. Pensé que moriría.
—No es lo mismo.
—Tampoco es que sea totalmente diferente.
Indavara se volvió sobre su silla para encararse con Casio.
—¿Qué hacías allí?
—Defendíamos la provincia contra los rebeldes. Ya te lo he contado.
—Así que había una razón. Una razón para luchar.
Casio admitió el argumento ladeando la cabeza.
—Tomo nota. —Pasó un rato antes de que volviera a hablar—: ¿Has pensado alguna vez en unirme al ejército?
—¿Ya estás pensando en deshacerte de mí?
—Quiero decir en el futuro. Estoy convencido de que estarían encantados de contar con alguien de tu habilidad. Se cobra bien y no faltan enemigos. Es una buena forma de no perder cualidades.
—Ahora soy un liberto. ¿Acaso no es un soldado una especie de esclavo?
Casio no iba a entrar en eso. Una de las pocas ventajas del Servicio era que disfrutaba de una mayor libertad de movimiento que la de cualquier oficial de rango en las legiones.
—Otro buen argumento. Al final acabaremos haciendo de ti todo un orador.

La Vía Alexandria los llevó a atravesar hileras de casas apiñadas y varios bonitos santuarios. Vieron también el templo de Dionisos, y a un centenar de seguidores del dios que se encontraban en el patio recitando unos cánticos que dirigían cuatro sacerdotes.

Cada vez había menos casas a medida que seguían la amplia calzada hacia el campo. El viento se reavivó y los grandes álamos que flanqueaban el camino empezaron a mecerse y a crujir. Casio tembló y se arrebujó en su capa. Indavara, que también poseía una capa, pero que nunca parecía llevarla, cabalgaba vestido con su túnica sin mangas.

—Tienes que tener frío.
Indavara negó con la cabeza.

—Es más importante presumir de músculos, ¿eh?

—Eso tiene gracia, sobre todo si lo dice alguien con una espada como la que llevas tú.

Casio supuso que el optio Clemente había calculado bien las distancias. Podía ver la plaza del poblado allá delante, a medida que llegaban a una gran casa que se erguía a la izquierda. La propiedad debía de ocupar al menos una milla cuadrada; un muro de tres pies de alto la separaba de la calzada. La villa le recordó a Casio su casa familiar, una estructura un tanto caótica compuesta de varios edificios, todos de paredes de un blanco brillante y tejados immaculados. En medio de la sección central, frente a la calzada, se alzaba un gran portalón flanqueado por columnas. Un sendero serpenteante atravesaba, desde la puerta, el campo de melocotoneros que había descrito Clemente. Los árboles estaban desnudos, pero era posible identificarlos dado su oscuro ramaje larguirucho. La primera puerta era estrecha, incrustada bajo un alto arco construido en el muro. La segunda estaba más allá, era lo suficientemente ancha como para que pasaran los carros y llevaba a una pista ancha que daba la vuelta por detrás de la villa.

Cuando desmontaron junto al arco, un joven sirviente abrió la puerta.

—¿Sois de la oficina del magistrado, señor?

—No —respondió Casio mientras se calaba el casco—. Mi nombre es Córbulu. Vengo a ver a Mémor. ¿Está en casa?

El sirviente se mordió el labio y examinó a Casio y a Indavara antes de volver la vista a la villa.

—¿Te importaría esperar aquí un momento, señor?

—Si no hay más opción...

El sirviente echó a correr a través del portalón, asegurando el cerrojo antes de recorrer el camino de melocotoneros. De pronto se detuvo y le gritó a Casio:

—Perdón, señor, ¿cuál era el nombre?

—¡Córbulu!

Casio miró a Indavara y se encogió de hombros al tiempo que sacaba la punta de lanza de la alforja que Simo había colgado de la silla. Indavara llevó a los caballos hacia un punto donde crecía abundante hierba para que pastaran.

El muchacho no tardó en volver acompañado de un hombre mucho mayor que llevaba una túnica de un azul pálido. A medida que se acercaba, Casio comprobó que al menos debía de tener cin-

cuenta años, era de corta estatura, de tez morena y con tanto pelo blanco como negro en la barba.

—Por favor, oficial —dijo el hombre al abrir la puerta de par en par. Cuando Casio dio un paso al frente, el hombre hizo una reverencia y le estrechó las manos—. Me llamo Trogo, señor, soy el administrador de esta casa.

—Córbulo, Seguridad Imperial. ¿Está el comandante Mémor? ¿Me recibirá?

—Eso... no va a ser posible, señor.

—¿Puedo preguntar por qué?

Trogo miró hacia arriba. Sus ojos estaban enrojecidos e hinchados.

—Al comandante Mémor lo encontraron muerto esta mañana, señor.

Casio tomó aire.

—Por los dioses, ¿qué ha pasado?

—Entraron..., entraron en la villa. —Los párpados de Trogo temblaron mientras hablaba—. Anoche.

—¿Entraron? ¿Quiénes entraron?

—Sean quienes fueran, ellos... ellos... le cortaron la cabeza. Le cortaron la cabeza y se la llevaron. —La voz de Trogo se convirtió en un tembloroso susurro—. ¿Por qué querían llevarse su cabeza?